

## **El Mensaje**

**Sabuat Urbina**

*A mi Esposo.*

*Sin él nunca hubiese podido escribir*

*una verdadera historia de amor.*

<b>Primera Parte: Annie</b> .....	4
I .....	5
II .....	11
III .....	19
IV .....	26
V .....	34
VI .....	41
VII .....	49
VIII .....	57
IX .....	64
X .....	73
XI .....	80
XII .....	91
XIII .....	98
<b>Segunda Parte: Henry</b> .....	104
XIV .....	105
XV .....	111
XVI .....	119
XVII .....	127
XVIII .....	134
XIX .....	139
XX .....	147
XXI .....	154
XXII .....	159
XXIII .....	166
XXIV .....	173
XXV .....	183
<b>Tercera Parte: Henry &amp; Annie</b> .....	192
XXVI .....	193
XXVII .....	200
EPÍLOGO .....	210

**Primera Parte: Annie.**

“Resaltaba en él la sonrisa que tan bien conocía, porque sonreía de ese modo cada vez que la miraba. Permaneció delante del retrato algunos minutos, contemplándolo con gran atención y antes de salir de la galería volvió a mirarlo.”

Jane Austen

Orgullo y Prejuicio

Las hojas del limonero se mecían lentamente a medida que el viento iba devorando el humo del cigarrillo. Annie descansaba sobre una tumbona jugando con el cigarrillo entre sus dedos y admirando las figuras que se formaban con cada bocanada de humo. La brisa de abril era suave y un poco fría, se notaba que el otoño se estaba acercando. A sus espaldas descansaba la casa donde vivía desde hacía unos cuantos años. Era una casa antigua, pequeña, pero muy hogareña que contaba con el espacio necesario para satisfacer sus necesidades. Se la había comprado a una señora que se iba hacia el este con la idea de finalizar sus días en alguna playa cálida. Cuando vio la casa por primera vez quedó prendada de aquel pequeño patio cercado por la sombra del limonero. Cada vez que el clima y su apretado trabajo se lo permitían se quedaba tumbada viendo como las ramas de aquel árbol danzaba al compás que le marcaba el viento. Era realmente mágico. Más de una vez ella y Fabián habían pasado horas echados en esa misma tumbona, cobijados con una simple manta y bajo la copa de aquel árbol haciendo inmensos castillos contruidos con hermosas promesas futuras. Pero eso ya era agua bajo el puente.

Hacía cinco meses desde que Fabián se había ido a Buenos Aires. La oferta de un mejor trabajo y la posibilidad de poder empezar a escribir su libro fueron las excusas perfectas para finalizar de un solo golpe su relación con Annie. Ella trataba de no pensar mucho en el asunto porque la verdad aun le dolía. Procuraba que su mente flotara y se perdiera en la oscuridad de la noche así como lo hacía el humo de aquel cigarrillo. Cada día sentía como una verdad tan absoluta le fulminaba su existencia: dentro de ella no había más espacio para el dolor.

Apagó el cigarrillo en un cenicero que tenía a la mano y se levantó de un tirón. Hacía muchos días que no salía temprano de su trabajo y quería aprovecharlo para darse un buen baño. Entró a la casa y cerró la puerta corrediza que daba al jardín. La *Nena* salió corriendo a recibirla y Annie le

devolvió el saludo acariciándola detrás de las orejas. Al menos aún la tenía a ella. La tenía desde hace dos años al encontrarla cuando regresaba de Bariloche. El pobre animal estaba deshidratado y a punto de morir de frío. Era irónico como unos años atrás ella le salvó la vida rescatándola de aquella helada montaña y hoy era su compañía la que le permitía superar esta helada soledad.

Subió las escaleras hacia su recámara. En el camino se tropezó con unas cuantas fotos de su viaje a Perú con Fabián. Se había olvidado de echarlas a la basura y en el fondo tampoco quería hacerlo. La verdad es que no todo fueron malos momentos pero le dolía ver aquellas fotografías con tanta felicidad en sus rostros. Era demasiado para ella. Subió las escaleras de un tirón para no pensar mucho en el asunto, aunque últimamente era en lo único que solía pensar. Entró al baño, un espacio acogedor con una pequeña ducha, un lavado, un retrete y su pieza favorita del mobiliario: una bañera antigua. Le había costado mucho mantenerla en pie y creía firmemente que si por alguna razón había que derrumbar por completo la casa, ella terminaría encadenada a la bañera. Fabián siempre le decía que podía jurar que amaba más a la bañera que a él. Sin darse cuenta de nuevo estaba pensando en él mientras tenía esa sonrisa de tonta en la cara.

“Basta ya.” se dijo a sí misma.

Hacía mucho que no usaba la bañera y sabría Dios cuando la volvería a usar pero optó por la ducha. Más rápida, más efectiva y menos melancólica. El agua le caía por su espalda como pequeños besos tibios que le rozaban la piel. La temperatura estaba perfecta. Se dejó golpear por el chorro de la regadera como quien se deja azotar para cubrir sus pecados, obligándose a sentir los latigazos de la ducha en lugar de sumergirse en la nostálgica bañera, como si con eso suplantara cualquier acto de expiación necesario para pagar por sus culpas. Sabía que en el fondo la decisión de Fabián había sido la mejor. Ella estaba entregada a su trabajo y él estaba entregado a ella. Él soñaba con cosas que a ella nunca se le hubieran pasado por la mente. Era una relación guiada por el mismo amor pero por

diferentes intereses. Resultaba una relación extraña y perfecta a la vez. En su interior entendía que no podía castigarse por siempre, pero sabía que aún era muy pronto para levantarse el castigo.

Una vez salió de la ducha se secó rápidamente con una toalla tibia y decidió aplicarse un poco de crema hidratante en piernas y brazos. Luego de su rápido ritual de hidratación nocturna, tal vez el único dejo de feminidad que le quedaba, se metió a la cama. Estaba tibia y cómoda, aunque muy vacía también. Examinó con la palma de la mano como si estuviera en busca de alguna señal de aquel amor acabado aun a sabiendas de que no lo iba a encontrar, pero era un deseo que muchas veces no podía contener, un deseo que se encendía como una llama efímera cada noche, un deseo que la hacía prisionera de sus emociones encontradas y sensaciones extintas. Dio vueltas por un rato mientras su mirada saltaba de la ventana al techo y del techo a la pared antes de volver a la ventana.

Era extraño estar acostada tan temprano, muchas veces a aquella hora era cuando entregaba su guardia en el hospital. Su trabajo como enfermera muchas veces resultaba agotador aunque extremadamente reconfortante. Hacía poco que había terminado su Licenciatura y ya estaba sumergida de nuevo en los libros devanándose lo poco que le quedaba de sesos para finalizar un postgrado de Atención Prehospitalaria. Siempre había sido muy competitiva en lo referente a su carrera y se esforzaba por estar siempre al día con lo mejor y más novedoso en cuanto al cuidado que debía darle a sus pacientes. Su madre siempre le reprochaba que había perdido su tiempo al no estudiar Medicina, pero la verdad es que ella sentía más pasión por ayudar a las personas en su recuperación que en sentarse día tras día en un escritorio a escribir récipes o señalar cirugías que tal vez ni ella misma terminaría haciendo. Era una lástima que ninguno de sus estudios le fuesen útiles en aquel momento para sanar un corazón maltrecho por una ruptura amorosa. Sabía cómo atender una quemadura de tercer grado, una fractura de clavícula o hasta un caso de hipertensión agudo, pero en asuntos del corazón siempre fue una inexperta.

Mientras su cuerpo daba vueltas sobre la cama su mente giraba en torno a sus recuerdos con Fabián como si se esforzara por fijárselos permanente y perennemente en la memoria. Ella hacía un esfuerzo por dormir y su cerebro jugaba en su contra manteniéndola despierta para restregarle en cara cuanta mala decisión o mal momento se le hubiera atravesado en la vida. Las imágenes divagaban, saltando de un recuerdo a otro, haciendo que las historias de su amor fallido se arremolinaran en su cabeza. Casi podía sentir como si otra vez fuera noviembre y estuviese de nuevo allí, impaciente y nerviosa esperando el bus. Aquella noche de primavera trataba de sumergirse en una lectura sobre las laceraciones por ácidos cuando su mirada se posó en un chico que recorría la acera de enfrente envuelto en una bufanda ciruela. El volteó de la nada como si alguien lo hubiera llamado y posó su mirada sobre aquella chica menuda de cortos cabellos castaños batidos por la brisa fría de aquella noche primaveral. Ella bajó la mirada ya que sentía que su cara estaba ardiendo, pero no pudo resistir más de diez segundos antes de echar de nuevo un vistazo en busca de aquel galán. Él estaba parado en el mismo sitio, esperando que ella lo buscara, como si él estuviese moviendo la piezas en un ficticio juego de ajedrez de miradas. Ella volvió a sonrojarse. Sus mejillas estaban encendidas en fuego, no quería levantar la cabeza, se sentía tan apenada que apenas se dio cuenta que su autobús se estaba aproximando y para cuando quiso abordarlo ya era muy tarde. Levantó de nuevo la vista y su chico primaveral ya no estaba, se había marchado. En el fondo se sintió un poco desilusionada. Le habría encantado seguir en aquel juego por más tiempo.

– ¿Te puedo hacer compañía mientras esperas el próximo bus o también lo vas a dejar pasar?

– le dijo una voz un poco ronca detrás de ella.

Ella se sobresaltó. Pudo haber sido la cercanía de su cara o sobre todo porque se lo había dicho él, su galán primaveral de bufanda ciruela.

– No me di cuenta que era mi autobús – dijo ella firmemente mientras sus mejillas la traicionaban.



– Ok. Pero aún no sé si te puedo acompañar.

Ella no supo que responder. Un *sí* habría sido suficiente, pero Annie nunca sabía cómo reaccionar ante aquellas situaciones. Era muy torpe. Solo se aplaco un poco el lado izquierdo de su cabello para acomodarlo detrás de su oreja, un *tic* que siempre la dominaba cuando estaba nerviosa, un tic que en este caso acompañó con una sonrisa entrecortada, un gesto que le resultó sexy y encantador.

– Voy a tomar ese silencio como un sí, – le confesó Fabián – aunque al menos vas a tener que decirme tu nombre o sentiré que te estoy acosando sin sentido y se acabará toda la magia de nuestro juego.

– ¿Nuestro juego?– preguntó ella haciéndose la sorprendida.

– Nuestro juego de miradas – respondió el seriamente.

Annie se quedó callada.

– Y aun me debes tu nombre.

De su garganta no podían salir ese par de sílabas que le servían de sustantivo. Quería decir su nombre pero la detenía una fuerza más atronadora que ella misma. Era como un si un par de tenazas se le cernieran en torno a la garganta. Él la miró por un par de minutos sumida en aquel silencio y no pudo hacer más que girar sobre sus talones para retroceder en sus pasos hasta el punto donde unos minutos atrás el destino los había hecho encontrarse. Ella logró ver de soslayo como él le había dado la espalda, así que tomo coraje y dijo su nombre más fuerte de lo que hubiese querido, llamando la atención de algunos de los transeúntes.

– ¡Annie!– dijo ella. Él estuvo detenido unos segundos antes de voltear. – Me llamo Annie, quiero decir.

– Yo me llamo Fabián. Un placer – le dijo mientras le extendía la mano.

Annie se la estrecho mientras reía tímidamente. Fabián la acompañó unos minutos mientras ella esperaba su siguiente bus, ambos intercambiaron números telefónicos y concertaron una próxima cita en un café cerca del centro de la ciudad.

– Ya llegó tu autobús – señaló Fabián. – Toma – dijo mientras le colocaba su bufanda ciruela alrededor del cuello.

– ¡No puedo quedármela!– señaló ella mientras se la quitaba. Él la detuvo tiernamente.

– Bien, no tienes que quedártela. Devuélvemela cuando te vuelva a ver. Así estoy seguro que no faltarás a nuestro encuentro.

Annie se subió al autobús despidiéndose frágilmente mientras se asía fuertemente a la bufanda ciruela con la mano izquierda. Se vieron de nuevo el siguiente viernes en el sitio acordado y hablaron durante horas. Él le contaba como quería escribir sobre la identidad musical de la Argentina y ella le comentaba como se enamoraba cada vez más de sus estudios de enfermería. Él le robó un beso y ella le robó la bufanda. Nunca se la devolvió.

A las cuatro de la mañana, habiendo dormido poco y recordado mucho se levantó. No podía seguir dando vueltas en la cama. Duraba horas buscando conciliar el sueño mientras su cabeza se esforzaba por mostrarle escenas de su relación con Fabián como si de una vieja y repetida película se tratara. Bajó las escaleras de puntillas para no despertar a la *Nena* y se fue directo a la cocina. Necesitaba café. Normalmente se habría antojado de un mate pero por encima de todo debía estar despierta. Le faltaban dos horas para empezar su guardia y algo le decía que no iba a ser un día fácil. De haberlo sabido de antemano habría tomado más café del usual.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

